

COMO BUENA MEMORIA: RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS

VICENTA CORTÉS ALONSO

Cuando se oye citar el nombre de María Moliner, la mayoría de los ciudadanos lo unen a su *Diccionario*, el *Diccionario de uso del Español*, puesto que muchos procuran tenerlo entre sus libros de consulta y trabajo o, si no es así, lo utilizan en las bibliotecas. Esta es una buena memoria de la autora pero incompleta y, por lo tanto, no nos parece tan buena.

Tal reconocimiento parece olvidar su condición de archivera, y bibliotecaria, profesión a la que dedicó todos los años de su vida funcional (1922-1970), hasta su jubilación, casi medio siglo, mientras que el *Diccionario* sólo fueron muchas horas tomadas al descanso antes de ésta, sobre todo una vez destinada en 1946 a Madrid, y los diez años subsiguientes.

De su mucha actividad en relación con la lectura pública y las bibliotecas poco queda, pues los impresos de esos tiempos son muy difíciles de encontrar. Sus compañeros y amigos, sincronizando sin pretenderlo con el verso de Cernuda «Recuérdalo tú y recuérdalo a otros», que la realizadora de esta exposición ha puesto con tanto acierto a los materiales de la vitrina nº 10, quisimos que la memoria de su trabajo en el campo de las bibliotecas quedara, como el *Diccionario*, la memoria de las *Instrucciones* y el *Plan*, a disposición del público en las bibliotecas españolas, a las que iban dedicados en 1937 y 1938. Así, pasaba su memoria de la tradición oral a la historia documentada. Esa fue la razón de que ANABAD publicara el estudio de Pilar Faus Sevilla, que da lugar a esta exposición.

Pero, claro, valía la pena recordar también que María Moliner no fue un caso aislado, un elemento original que luchaba contra corriente, sino, bien al contrario, una aventajada bibliotecaria que iba en vanguardia con otros colegas y amigos, como profesionales integrados en una labor de gobierno muy concreta: la de mejorar la vida de los españoles por medio de la cultura. Por ello había que enseñarles a leer y, al tiempo, ofrecerles libros en bibliotecas de todo tipo. Una acción de política general de esta

envergadura, tampoco se hace en solitario. Por lo tanto, el recordarlo a los otros, se completaba con la propuesta de la dirección de la Biblioteca Nacional de dar a conocer el libro con una exposición que pusiera de relieve estos hechos, que mostrara las diversas personas que lo habían soñado y realizado en tan breves como difíciles años. Era una propuesta sumamente atractiva y eficaz, que fue aceptada con entusiasmo y que ahora, al contemplarla, tenemos que agradecer más que antes por su perfección informativa. De esta manera tenemos una mejor memoria de María Moliner.

Los documentos, libros, folletos, fotografías, gráficos, carteles, postales y mapas, junto al catálogo, van a constituir una memoria tan o más eficaz que la consulta del *Diccionario* lo es para su recuerdo como filóloga. Su tarea intelectual, como la de los otros personajes que aparecen en estas vitrinas, en la Sección de Bibliotecas, como Secretaria de la Subsección de Bibliotecas Escolares, perteneciente al Consejo Central de Archivos, Bibliotecas y Tesoro Artístico, junto a los otros Secretarios Tomás Navarro Tomás, Benito Sánchez Alonso, Juan Vicens de la Llave y Teresa Andrés Zamora, queda bien manifiesta y documentada. No es el relato que hemos recibido de los que la conocieron y querían, sus parientes y amigos, sino la muestra palpable de una investigación cuidadosa para recobrar la memoria total.

Pertenece al grupo de los que, poseedores de la leyenda, de la memoria oral, estábamos deseando recuperar las pruebas testimoniales de María Moliner y su tiempo. Creo que lo hemos conseguido, para satisfacción de una tarea propia de nuestra labor: reunir las fuentes, estudiarlas y darlas a conocer. Pienso que esta labor, llevada a buen término con ella, podría ser el comienzo de una serie de monografías sobre los colegas que nos precedieron y cuyas obras, como sus *Instrucciones* y su *Plan*, sólo figuran en las listas bibliográficas de la creación bibliotecaria de los años 30 y 40, en España y en el mundo del exilio. Hay que retrazar el camino iniciado en esos años, todavía útil, pues muchas de tales obras aún serían valiosas, aparte de constituir el tesoro bibliográfico sentimental de varias generaciones, del que carecemos en los estantes de nuestras bibliotecas.

Como coincidencia curiosa, anotaremos que así como hemos repetido el verso de Cernuda hoy, su nombre figura como ejemplo en las reglas de alfabetización de las *Instrucciones*, página 34. Un recuerdo más.